

LA LIRA DEL TÁDER.

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, HISTORIA Y TEATROS.

Murcia 17 de Agosto de 1845.

Sale todos los Domingos. Se suscribe en Murcia en la Redaccion calle de Sta. Isabel núm. 6 sita en la Imprenta de este Periódico, y casa de D. Pedro Martinez calle de la Traperia núm. 67 por 4 rs. al mes y 22 por 6 meses, llevado á las casas de los señores suscritores. Fuera de la capital en las administraciones de correos y corresponsales de la Redaccion por 5 rs al mes y 23 por seis meses, franco de porte.

ESTUDIOS DE COSTUMBRE.

¿Que me da V. para leer?



Quando una calamidad ya crónica pesa sobre todas las bibliotecas; cuando una epidemia oprime las librerías de los particulares; y cuando la polilla se ha declarado hasta en el que solo tiene la *guía de forasteros*; justo será que una voz de consuelo, aunque de debil eco, se levante y patentice estos estragos que cada dia toman fomento en los estantes de libros. Esa polilla bibliografica es se-

guramente un fenomeno: los libros se arranan; pero no del polvo: volumen hay que no tuvo su dueño la dicha de ojear ni una página, que no experimentó el placer de contemplarle en sus estantes y sin embargo, ese libro esta destruido, apolillado; no precisamente le ha entrado la carcoma como generalmente se entiende, reducida á unos agujeritos del tamaño del inserto que lo taladra, no señor: aqui no se taladra una página; sino que se sustrae, por que si esta nueva clase de polilla diese en taladrar con su cuerpo las hojas de los libros, deberian ser del tamaño de una puerta cochera.....por supuesto que tal.

En este siglo cuyos adelantos experimenta todo ser que bulle en él (si son adelantos acercarnos á nuestro termino)

hay una afición que domina sobre todas las aficiones, como que es la afición que mas en armonia está con los sanos principios de *economía doméstica*. Esta afición es la de leer libros prestados, para lo cual se ha adoptado una fórmula reducida á esta pregunta: «¿Que me dá V. para leer?»

D. Ciriaco, sugeto en extremo aficionado á completar su biblioteca, está suscrito á todo lo mas selecto que se está publicando en España, y compra cuantas obras encuentra, aumentando considerablemente su caudal bibliográfico. Este caballero aprecia sus libros como el que mas, pero tiene un caracter tan bondoso, que no puede negar la mas exigente petición que se le dirige. Todos sus paisanos saben C. por B. las obras que tiene don Ciriaco y saben dar sus acometidas á tiro seguro. don Pródigo amigo suyo, entra un dia á verle:

=Mi amigo Ciriaco, dice al entrar, ¿Como estas?

=Para servirte: ¿y tu?

—Igualmente.

—¿Que aires te traen por aqui?

=Nada de particular, chico: verte, hacia tanto tiempo que no habia tenido este gusto!...oye: ¿Has recibido el tomo 19 del Judio Errante?

=Ayer casualmente.

—Pues me harás el favor de él.

—Ahi lo tienes, contestó don Ciriaco estrayendolo de sus estantes.

—¿Te devolvieron el 5.º tomo de los Misterios de Paris?

—Si.

—Desearia me lo alargases: tengo un compromiso.....

—Ahi vá.

—¡Hombre el Amaury! : hace ocho dias que me estan pidiendo el segundo tomo.

—Toma.

—Asi me hicieras el favor del 1.º del Doncel de don Enrique.

—Con mucho gusto.

=Para no molestarte mas, saca los primeros tomos del Solitario, el Monasterio,

la Estrangera, Saint-Clair de las Islas, Consuelo, Nuestra señora de Paris, El Juramento de no amar, El Comendador de Malta, La piel de zapa, Matilde ó las Cruzadas y el Pilluelo de Madrid. —Ves repitiendo, contesto D. Cirinco, que ahora mismo no tengo presente todos los nombres que has dicho.

D. Pródigo los volvió á decir, añadiendo:

—Disimula, pero hay compromisos.....

—Todos los tengo en casa, interrumpio D. Ciriaco, menos el Saint-Clair de las Islas, que se lo llevaron hace unos quince dias.

—¡Caramba! Lo siento ¿Quien lo tiene?

—Brigido vino por el y me dijo: no me niegues esta gracia porque hace mes y medio que no perciben mis oidos otra cosa que; y cuando me trae V. el Saint-Clair de las Islas? Por Dios el Saint-Clair! Sino me trae V. el Saint-Clair de las Islas no cuente mas con mi amistad”

—Lo sainclairislecterizaron tanto y se acostumbró su timpano á esa voz, que segun me dijo, pasaba un dia por el cuartel de caballeria en ocasion que preludiaban pausadamente el Clarin, y se creyó que era una voz fatidica que le reclamaba Saint-Clair..... El pobre recurrió a mi y le preste la novela.

—Paciencia, contesto D. Pródigo, otra vez será; aunque yo vere á Brigido, que es un amigo y hare que se la despachen y me la entregue. Con que amigo Ciriaco echa esos cinco: me alegraré que sigas sin novedad y hasta otro rato.

—No seas tan caro de ver.

—No seré muy pesado en secundar mis visitas, y D. Pródigo cogió las novelas ya mencionadas y se las entregó al criado que le aguardaba á la puerta, al cual le fue dando diferentes consignas: lleva esta casa de D. Fulano, en seguida casa de D. Mengano &c. &c. tantas esceteras como volumenes y tantos volumenes como sugetos que habian preguntado á don Pródigo: ¿Que me dá V. para leer? Y la interrogacion venia de rechazo á don

Ciriaco.

Mientras se espoliaba la biblioteca tenia lugar otra escena (cuya solucion vendria á parar á la libreria) en una tertulia en la que el bello sexo abundaba mas que el otro. ¡Cosa rara!

—Vamos, decia la linda Julia á un joven contertulio, ¿Que me da V. para leer?

—Pida V. señorita.

—Tiene V. las tardes de la Granja?

—Cabalmente no, pero tengo un amigo que me servirá.

—Pues yo quisiera molestar á V. añadió otra niña.

—¡V. incomodar! replicó el atento mancebo

—Gracias. ¿Tendria ese amigo de V. Manolito de buen humor?

—Cuente desde luego con él; me parece que sí.

—¡Ay! exclamó un Serafin, yo quisiera Reynaldo y Elina.

—Yo, añadió una morenita, Las minas del Tirol,

—Pues yo el Eusebio.

—Yo quisiera las veladas de S. Petersburgo.

—Yo las mil y una noche.

—Pues yo Alejo ó la casita en el Bosque.

—Para mi el Decameron Español.

—Yo, Calvino ó el hombre Prodigioso.

—Yo los Terremotos de Orihuela....

En fin el infeliz Joven no tuvo otro arbitrio para salir de aquel apuro, que exclamar con todas las fuerzas de sus pulmones.

—Voy á complacer á VV. me marchó casa de mi amigo Ciriaco, que no dudo me prestará los libros deseados. ” Y tomó el portante mas bien por no perder el Juicio que por otra cosa.

Sin embargo se dirigió casa del amigo, entra y vé otra visita: un caballero muy tifado de gafas conclnia de leer una lista de peticiones para D. Ciriaco, de las cuales solo percibió el Joven recién llegado.

—El Feijoo.

—Formulario para toda clase de cartas.

—Historia de Mahoma, del Padre Bleda.

D. Ciriaco con toda la impasibilidad de un martir fué poniendo sobre un bufete los volúmenes que le ecsigia el que llamaremos D. Policarpo, el cual doblando y alzando cuidadosamente su papelito, pregunto con gravedad.

—¿Tienes el almanaque del año 28?

—Le buscaré.

—Pues bien, añadió, si lo encuentra vé en que dia cayó el miercoles de Ceniza en aquel año y me lo mandarás á decir con el criado que venga por estos libros, y se marchó el buen señor.

El nuevo pretendiente, el de las ecsigencias de la tertulia, recogió los libros que pudo y se marchó tambien Ya iba D. Ciriaco perdiendo la paciencia, ya la decadencia de su libreria surtiendo en él el efecto que en un avaro el menoscabo de sus intereses. ¿Que necesidad, se decia, tengo yo de este laberinto? ¿Que se yo ahora mismo el paradero de cada libro? ¿No vale mas hacer almoneada de ellos, y si quiero leer, hacerlo gratis como los demas?... Basta que tenga un libro para que todos tengan derecho á él, y no se contentan con leerlo ellos sino que se lucen á costa mia ofreciendolos á los demas! Si fuera eso solo, sino hubiera mas que eso... ¡pues no tienen valor de venir pidiendome almanaques viejos!

Este monologo fué interrumpido por un criado que entró con el último tomo del Doncel de D. Enrique el Doliente, y un recado de su amo para pedir que leer.

—De parte de mi señor, que aqui tiene V. esto y que me de V...no me acuerdo.. ¡ah! Roma por debajo de tierra, ó los carboneros de Italia.

A pesar de la incomodidad de D. Ciriaco, no pudo por menos de sonreirse y alcanzar Roma Subterranea ó los carboneros de Italia, diciendo festivamente al criado: di á tu amo que otra vez te ponga por escrito los titulos.

Cuando fue nuestro D. Ciriaco á poner en su sitio el Doncel de D. Enrique

notó que tenía de menos la última hoja, y además una quemadura de cigarro en la penúltima, y la pasta rota.

—Esto faltaba! exclamo, que después de prestadas mutilen las obras de más mérito!.....

Otro sirviente entró con un cesto colgado del brazo.

—Buenas tardes D. Ciriaco; de parte de mi señorito que me da V. la pata de cabra, la bandera negra y la Rueda de la Fortuna, pero me parece ami que si la *rueda* es muy grande, será mejor que saque V. la *bandera* y me la pondre bajo del brazo, que la *pata* irá aqui en el cesto.

El dueño de los libros con una sonrisa sardónica viendo disparatar á aquel individuo, sacó las tres comedias que pedía y le dijo, tome V. por Dios!

—¿Pero señor, ni aun la pata de Cabra?

—Tome V. replicó D. Ciriaco, tome V. y al entregarselas á su amo procure que no le vea el cesto.

Cuando salía este doméstico, entra otro con una cuerda al hombro:

—Mi señor espresiones, y que me da V. el convidado de Piedra.

Cuando D. Ciriaco le alargó la comedia, hizo un gesto de sorpresa el sirviente al ver que la cuerda que por precaucion se trajo estaba de más.... como que se creyó que iba á cargar alguna estatua de marmol.

El dueño de la biblioteca coge su sombrero y se sale temiendo que nuevos apuntes caigan sobre sus libros y caminando algo distraido no advirtió que á poco de salir de su casa se le enredo en el hombro una cometita que tenía un niño en el balcon. Cuando lo echó de ver, toma el papel, vé que está impreso, repara en su contenido y lee con asombro en el último renglon: «aqui yace Macias el enamorado.»

Era la hoja que había echado de menos en el Doncel de D. Enrique el Doliente.

Ofuscado en sus cabilaciones llega al

paseo, se le agregan algunos cenocidos, que no son pesados en preguntarle *¿Que nos da V. para leer?* En esto llega Brigido y le entrega el Saint-Clair de las Islas: todos se lo quieren arrebatarse: las distancias se estrechan, por último lo oprimen pidiendo el Saint-Clair.

—Hombres, les decía muy apesadumbrado, tengo prometido á Prodigio esta novela.

—Esas son excusas, son excusas, repitieron todos.

D. Ciriaco al ver su honor ajado con una falsa imputacion, arrojó el libro, que fué cogido quizá por el menos aficionado á leer.

Mohino por demás se vuelve D. Ciriaco á su casa, en la que le entrega la criada los tres primeros tomos del *Judio Errante*, que habían traído de leer no hacía mucho: venían sin cubierta, muchas hojas dobladas, algunas rotas y otras rotas y manchadas....! Esta coincidencia ecesasperó más á D. Ciriaco, y no era esto lo peor: había libro que hacía medio año que se lo llevaron y ni roto ni por romper había parecido. Esto era ya demasiado.

Al día siguiente estaba en su biblioteca estendiendo un anuncio para la almonede de sus libros, cuando entra el repartidor de la Lira con el recibo de renuevo. D. Ciriaco no le pagó, quedando nuestro humilde *Semanario* sin uno de sus más decididos suscritores. Y todo porque? Porque jamás paraba el periódico en su casa: desde el momento que veían entrar el repartidor los domingos por la mañana, ya habían acudido á pedir la Lira y regularmente la devolvían con alguno que otro lamparon, salvo algunos girones, el próximo domingo, cuando tenían la certeza de llevarse el otro número.

Dejaremos á D. Ciriaco espendiendo su biblioteca, y concluiremos hablando de nuestro *Semanario*. Es tal el desarrollo, es tal el incremento que ha tomado la frase que ha servido de epigrafe á este artículo, que hay compañe-